
PAPELES DEL DESIERTO

Juan José Delaney*

NOTA DEL EDITOR

Del autor de la recientemente publicada *Memoria de Theophilus Flynn* (2012), presentamos un cuento inédito.

Hay quienes creen que la felicidad está en el amor, en la entrega, en el dinero, en el poder o en la aceptación de una vocación que es, también, un destino. Aurelio Napodano, en cambio, entendía que la felicidad no es más que una palabra y por eso jamás perdió tiempo buscándola. No, no estaba en ninguna parte, ni siquiera en el almuerzo de fin de año al que sus compañeros de oficina ahora se dirigían. De modo que, como en otras oportunidades, tampoco esta vez iría. Más aún: ni siquiera habría de idear una excusa que, por otro lado, ya nadie esperaba. De hecho, en el ascensor, se limitó a despedirse lacónicamente, como si se tratara de un viernes más. Ya vería de qué manera aprovechar el magnánimo asueto de la tarde. Por de pronto, tenía claro que no lo perdería brindando por un nuevo año cargado de dicha y bienestar (a esa altura, imposible imaginarse a sí mismo forjando un semblante de alegría postiza como en sus días adolescentes). Ahora, pasados los treinta años, empezaba a ser él mismo.

Cuando al llegar a la calle se separó del grupo y advirtió que nadie deploraba su alejamiento, sintió alivio aunque también cierta ansiedad: estaba solo.

La zona céntrica de la ciudad de Buenos Aires parecía acrecentar su pequeñez y su condición. Sí, para él la gigantesca mole no era sino un inmenso desierto poblado por fantasmas que, si tropezaba, aparecerían para aplastarlo; le dolió reconocer que, de muchas maneras, también él se formaba para tan siniestro ejercicio. Más le dolió constatar que su diaria resistencia lo aislaba más y más.

* Narrador y ensayista argentino. Profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Letras por la Universidad del Salvador (USAL). Se desempeña como docente en el área de Literatura Argentina de dicha institución. Correo electrónico: juan.delaney@gmail.com

Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 246-251.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Tales eran sus consideraciones mientras innumerables personas entraban y salían de los comercios, al tiempo que otras persistían en el incansable rito oficinesco de fin de año consistente en arrojar por las ventanas papeles cortados en pedacitos, cartas, memos, cintas para calculadoras con fragmentos de extensas operaciones, balances, revistas, memorias, formularios continuos, papel higiénico... una vez asistió al peligroso y precipitado descenso de una guía telefónica. La renovada ceremonia anual inquietaba a Aurelio Napodano. ¿Qué había detrás de esa liturgia? Años atrás, durante su gestión como cadete en la empresa para la cual aún trabajaba, se había dedicado a juntar azorosamente textos que luego examinaba y recomponía. Su poderosa memoria conservaba aún casi todo aquel material que invariablemente el fuego terminaba devorando. Todavía podía reproducir términos y hasta textos de aquellos anónimos papeles rotos. Por ejemplo, las palabras por medio de las cuales «la firma» comunicaba «con hondo pesar» el fallecimiento de su «fiel colaborador», o versos espantosos pergeñados desde estratégicas máquinas Olivetti por secretarías o empleadas enamoradas... para no hablar de las cartas estrictamente comerciales que él mismo más de una vez había compuesto y en las que campeaban letras de cartón: «de nuestra mayor estima», «como no escapará a su elevado criterio», «su seguro servidor»... etcétera.

Pero hacía tiempo que ya no se dedicaba a eso, por lo que convenía apurar el paso entorpecido por el colchón de papeles que habían dispuesto sobre la Diagonal Roque Sáenz Peña, y abandonar inmediatamente la *city*. Además, la madre lo esperaba en el viejo departamento del barrio de Boedo.

No porque pensara retomar la antigua práctica, sino porque los indolentes perros del vecindario lo habían acostumbrado a cuidar dónde ponía el pie, Aurelio Napodano avanzó raudamente por entre la lluvia de recortes aunque mirando hacia el piso, como si buscara algo. Tal costumbre constituyó su perdición: pese al vertiginoso derrotero, sus ojos de lince se clavaron en un breve papel manuscrito perdido entre innumerables fragmentos. Fue en la intersección de Reconquista y Sarmiento. Se detuvo sobre el escrito apenas un instante: el necesario como para que el adolescente que aún pervivía en él lo tomara.

El frecuentado y viejo bar en Urquiza y San Juan, a pocas cuadras de su casa, le pareció el lugar apropiado para examinar el papel que la causalidad había puesto en sus manos. Se trataba claramente del borrador de una carta privada, aunque escrita en papel comercial; la evidente letra femenina acrecentó su curiosidad. Leyó lo que se podía leer:

nuevo trabajo son
 7871/75 (interno 48).
 que Mario me llame
 vivir sola no es
 vo. Te lo digo con toda
 que me llamo Flavia.

Lo primero que se le ocurrió fue imaginar el texto lateral izquierdo faltante. Lo intentó, ya en casa, después de almorzar. La operación fue rápida y el resultado de cierto interés para un solitario:

Telefónicos de mi / *nuevo trabajo son*
 Los que siguen: ? / *7871/75 (int. 48)*.
 Hací lo posible para / *que Mario me llame*
 Porque te juro: para mí / *vivir sola no es*
 Moco de pa / *vo. Te lo digo con toda*
 Sinceridad, como / *que me llamo Flavia*.

Leyó y releyó el texto. Sin ánimo de juzgarse brillante, entendió y se aseguró que, por la zona en que había encontrado el papel, el número de la característica telefónica faltante necesariamente tenía que ser «33».

Tan satisfecho se sintió ante la reconstrucción que se dijo que de ninguna manera su labor podía terminar ahí: a partir del nuevo año sería, como casi todos, dos personas; en su caso: Aurelio Napodano y Mario.

El último viernes de marzo llegó contento, aunque no orgulloso, a la confitería *Ideal*, ya que tres meses le había llevado acordar el primer encuentro que ahora lo mantenía ansioso. Las indecisiones y alguna torpeza tuvieron que ver con la demora. Aunque francamente las cosas, de pronto, se habían orientado positivamente y puede afirmarse que se habían desarrollado cada vez mejor... Aún recordaba la trémula llamada inicial, fallida si se quiere por cuanto no logró hablarle a la mujer, pero exitosa porque ratificó el número y la situación geográfica de Flavia. Tres días después había vuelto a la carga y la verdad fue que tuvo que felicitarse por la actuación: el truco del resfrío disimuló u ocultó su voz sin ninguna duda distinta de la de Mario y, por otra parte, su postura de culpable avergonzado que a último momento se le ocurrió asumir resultó la apropiada para establecer el contacto. Fue así ganando terreno en la intimidad de su desconocida interlocutora. Hábilmente, y cada vez con más soltura, aludía a vaguedades e insinuaba la conveniencia de un reencuentro aunque sin caer en

el atropello, decisión que contribuyó, ciertamente, a demorar la cita. Pero de cualquier manera había valido la pena porque el audaz ganó seguridad. Sin ir muy lejos, no tardó en dejar de impostar la voz; este hecho era la prueba de que, poco a poco, Aurelio Napodano anulaba a Mario. Pero pese al relativo éxito no dejaba de preguntarse cómo la mujer no se había dado cuenta de nada. ¿Sería, acaso, Flavia medio pavota? Sólo conocía su voz (que le encantaba), pero no debía engañarse: también la recepcionista de la compañía en la que a él lo atormentaban tenía voz de vampiresa y era un mamarracho impresentable. Tampoco había dejado de cuestionarse qué ocurriría si el arrogante de Mario, el verdadero, se dignara comunicarse para retomar el vínculo con Flavia. En tal caso, su actuación (así la denominaba) se derrumbaría. Sin embargo, todo parecía indicar que el papel borrador trunco que poseía nunca se había convertido en una pieza postal. Además, viendo el desarrollo de los acontecimientos, no tenía sentido preocuparse: ahora importaba el encuentro que estaba por producirse y que había surgido casi como un hecho natural que anticipaba, o por lo menos sugería, un futuro feliz.

Pese a que siempre llegaba muy tarde a todas partes, Aurelio Napodano pisó la confitería apenas cinco minutos después de lo convenido. Estaba nervioso. Y no era para menos, ya que el episodio podía terminar muy bien o... Porque evidentemente él no era Mario y, entonces, el principal escollo consistía en aclarar la situación: estaba solo, había ocupado el lugar del otro y, si bien lo había hecho en un acto de liviandad, después el intercambio de palabras le había hecho creer que, gracias al azar, pondría acaso fin a dos soledades... Aunque, ¿cómo expresar todo eso? Una vez más, reflexionó, las circunstancias le dictarían el discurso. Finalmente dejó todo escrúpulo de lado para terminar jactándose ante sí mismo del recurso último (y mersa) que haría a Flavia reconocible ante sus ojos: «Te pido que vengas vestida de verde, el color de la esperanza».

Ordenó otro café, el tercero.

Eran las 20:50 cuando volvió a mirar el reloj. Veinte minutos de retraso a él no le parecieron excesivos. A las 21:00 le pasó lo que a todos los que llegan tarde: se indignó por la impuntualidad del prójimo.

A las 21:20 empezó a sospechar. El principal motivo para la duda fue el hecho de que hasta entonces, aunque lentamente, todo se había desarrollado de un modo favorable cuando en la vida lo común es el trastorno, el obstáculo, la adversidad, el problema. ¿Sería él víctima de una burla? Pensó que no porque creía distinguir la sinceridad en la modulación de la voz humana y porque,

además, tres meses era mucho tiempo para un chiste. No, no, la chica debió de haber tenido algún inconveniente.

Más tarde, y pese a ser un simple oficinista, se permitió filosofar y se dijo, entonces, que como todo acontecer, también la fragmentaria nota podía ocultar más de una interpretación, las que —tembló— podían ser contrarias entre sí. Sacó del bolsillo el papel y no sin pesimismo se entregó a la tarea de confeccionar alrededor del recorte alguna otra variante. El resultado de su trabajo fue desalentador:

telefónicos de mi / *nuevo trabajo son*
los que siguen: 33- / 7871/75 (*int.* 48).
Evitá difundirlos y / *que Mario me llame*
porque te juro: para mí / *vivir sola no es*
trágico ni nue / vo. *Te lo digo con toda*
sinceridad, como / *que me llamo Flavia.*

No tardó en convencerse de que ésta y no la otra debía de ser la versión más próxima al original y que las conversaciones que habían precedido la cita, y la cita misma, constituían una burla máxima, el remate de un idilio ficticio y, por cierto, terminado. No insistiría. Una vez más podía considerarse un perdedor. Tres veces se dijo que era un infeliz. Guardó los papeles y se lanzó a la calle; antes de ganarla, fue invitado a pagar la consumición.

Al día siguiente, la ansiedad lo obligó a tomar el teléfono para hablar con Flavia. Una desgarrada voz adolescentoide acusó al cadete. «Dice que no está», escuchó. Aurelio Napodano se tragó la broma para pronto insistir: «es importante, por favor, necesito hablar con ella...». Las últimas palabras que corrieron por la línea dijeron todo o nada: «No sabemos quién es Flavia. Aquí nadie conoce a nadie con ese nombre».

Esa noche, Aurelio Napodano sólo supo de preguntas que, al parecer, nadie podía contestarle. ¿Existiría verdaderamente una solitaria oficinista llamada Flavia que un 31 de diciembre arrojó un papel como quien arroja una botella al mar? ¿Se había comunicado con ella, al menos una vez? ¿Habría sido todo una farsa perpetrada por un cadete en conjunción con otros cretinos? Nunca habría de saberlo.

Por la mañana, en la oficina, mientras archivaba unas facturas, decidió abandonar esa tarea inútil y optar por lo que se suele hacer antes de acudir al grito: escribir. Tomó un *memorandum* y pasando por alto el membrete de la empresa, poseído por el desánimo y la amargura, aprovechó ese despreciable papel para una cuestión enteramente personal: «Si de veras te intereso y todo

no es una broma, llámame. Mi verdadero nombre es Aurelio y...» —llegó a escribir.

Se quedó pensativo y lo que pensó fue que no había nada que pensar. Abruptamente arrancó el escrito del rodillo de la Olivetti, hizo con él una pelota y la tiró por la ventana. No se le ocurrió que quizás alguien recogería ese mensaje arrojado al desierto de cemento, originando así otra historia a lo mejor menos absurda. Es que tal es el destino que, según su intensidad, pueden tener, o no, las palabras.